



DANIEL BALLEEN

RECUERDO HISTORICO

RELACIONADO

CON LA

GUERRA CIVIL

COLOMBIANA

DE LOS

MIL DIAS

= 1899 a 1902 =

Panamá, febrero 16 de 1935.

SEÑOR DON
SAMUEL LEWIS.
CIUDAD.

MI ESTIMADO Y DISTINGUIDO AMIGO:

Es usted conservador por tradición, pero verdadero liberal por lo avanzado de sus ideas. No temo pues someter a su autorizada opinión un modesto trabajo de tinte liberal que he realizado en virtud de amable insinuación de viejo amigo mío. Lo único que me apena es restar a usted tiempo en la lectura de páginas desprovistas de toda importancia, pero así y todo aspiro a saber si usted considera que no se vería mal la publicación de ellas; publicación que desde luego no tendría otro objeto que el de obsequiarla a mis amigos de dentro y fuera del país.

Encarezco a usted que deje a un lado las esquisiteces de su cultura al formular la opinión que llegue a adquirir del enunciado trabajito, que me permito enviarle adjunto.

Suyo afectísimo,

DANIEL BALLEEN.

Panamá, febrero 20 de 1935.

SEÑOR DOCTOR
DANIEL BALLEEN.

CIUDAD.

MI DISTINGUIDO Y ESTIMADO AMIGO:

Junto con su apreciable carta del 16 llegó a mis manos, ayer, su trabajo intitulado "Recuerdo histórico, relacionado con la guerra civil de los mil días", que he leído de un golpe, con el cuidado y la atención que me recomienda Ud., a fin de formarme un concepto, respecto de él, despojado de esquisiteces de cultura, que me permita formular mi opinión leal y franca.

Considero que el relato, como Ud. lo dice, es "sencillo, simple e ingenuo" y agrego: interesante; marca una actuación durante la guerra civil y esa actuación unida a mil otras, constituye la historia, que no es ya la narración de una sola pluma, sino el tejido de infinidad de documentos que se complementan o se contradicen, pero que de sus respectivos choques brota la verdad.

En vista de lo expuesto y administrando justicia en nombre de la República de las Letras y por autoridad de la Academia de la Lengua, se resuelve: publicar el trabajo del doctor Ballén intitulado "Recuerdo Histórico relacionado con la Guerra de los Mil Días."

Lo felicito cordialmente y me repito su afmo. amigo,

S. LEWIS (1)

(1) Director de la Academia Panameña de la Lengua, correspondiente de la Academia Española.

REPUBLICA DE PANAMA
CORTE SUPREMA DE JUSTICIA

PERSONAL

Panamá, mayo 27 de 1935.

SEÑOR DOCTOR
DON DANIEL BALLEEN.
E. S. D.

Muy estimado amigo:

He leído con la mayor atención su interesante "Recuerdo histórico relacionado con la guerra civil colombiana de los mil días".

Son muy de mi agrado esas reminiscencias históricas de sucesos ocurridos en épocas no muy lejanas, que me hacen volver a vivir aquellos tiempos que siempre recuerdo con placer: si fueron gratos, por el recuerdo de tiempos felices que pasaron: si no lo fueron, por la satisfacción que siento al pensar que no volverán.

Pero la relación histórica de Ud., además del interés que tiene por los sucesos mismos que allí se refieren y por haber tomado parte en ellos amigos y personas conocidas, tiene también el mérito de ser escrita en estilo ameno y atractivo que distrae al mismo tiempo que instruye.

Tengo que agradecerle el buen rato que su lectura me ha proporcionado.

Creo que sería conveniente que lo publicara, no en un periódico diario, sino en forma que hiciera más fácil su lectura y conservación, pues es indudable que su trabajo es una importante contribución a la historia de Colombia y Panamá, países hermanos que están obligados a continuar unidos por la tradición, gustos, costumbres e ideales,

Lo felicito por su trabajo y me repito su muy atento servidor y amigo,

M. A. GRIMALDO B. (1)

(1) Presidente de la Corte Suprema de Justicia.

DEDICATORIA

Débase este sencillo Recuerdo Histórico a amable insinuación de mi dilecto amigo Don Manuel de Jesús Quijano. Sin ella habría sin duda perecido en el silencio el ténue recuerdo que aún conservo de mi sinuoso y torturante camino político de la guerra civil que azotó a Colombia durante mil días, guerra en la cual él también hizo acto de presencia como miembro visible de nuestra causa. A él pues dedico este Recuerdo, en el cual he procurado describir con claridad, sencillez y sinceridad, sin omitir ninguno de los hechos que aún no han desaparecido de mi mente, relacionados con mi persona, y que aun cuando triviales y un tanto frívolos algunos de ellos, contribuyen sin embargo a modificar, en lo posible, la aridez de la narración.

DANIEL BALLEEN.

Panamá, enero de 1935.

De La Guerra Civil De Los Mil Días.

I

Mi inolvidable e ilustre amigo General don Domingo Díaz, teniendo en cuenta que se estaba generalizando la revolución que estalló en Colombia a fines del año de 1899, resolvió tomar parte en ella y con tal motivo escogió la Hacienda denominada *La Pulida* para llevar allí, con las precauciones requeridas, todos los elementos de guerra que fuera posible para poder llevar a cabo sus anhelos en defensa de la causa de nuestra devoción. Acompañamos a don Domingo en tan loable empeño don Agustín Arango, don Alberto Santo Domingo y yo. Ya habíamos acopiado algunas armas y municiones con las cuales nos íbamos a trasladar a la Hacienda *El Bermejál*, para de allí seguir en un buque de vela a ingresar a la expedición que en esos días llevaban a la Provincia de Chiriquí, procedente de Nicaragua, los doctores Eusebio A. Morales y Belisario Porras, cuando en la madrugada del quinto día de estar en *La Pulida*, con todo preparado para nuestra traslación a *El Bermejál*, nos rodeó la casa que ocupábamos un piquete de la fuerza pública al mando del Alcalde de Panamá en aquella época don José Francisco de la Ossa. El entró al local en donde nosotros estábamos durmiendo, acompañado de varios soldados armados y al amparo de la mortecina luz de una lamparilla de petróleo. Se encontró en primer lugar conmigo. Me hallaba profundamente dormido en una hamaca. Desperté a la voz de: "dése usted preso; cuidado cómo se mueve", y lo primero que vi al despertar fue la boca de un revólver frente a mí. Como nos hallábamos a media luz no pude distinguir quién era nuestro visitante. El dejó un soldado que me custodiara y siguió en su búsqueda; enseguida encontró a Santodomingo y luego a don Domingo; ambos también dormidos profundamente. Procedió con ellos lo mismo que conmigo. Cuan-

do ya despuntaba el alba nos hicieron salir del local, y de él sacaron también las armas y municiones con que nos íbamos a trasladar a *El Bermejál*. Entonces conocimos a nuestro visitante y él también nos conoció a nosotros. Se sorprendió al vernos a plena luz, pues ignoraba a qué personas había despertado tan de madrugada con revólver en mano. Algunos momentos después nos condujo presos a esta ciudad, con excepción del señor Arango, quien se había venido para su residencia en compañía del Coronel don Juan Antonio Jiménez, que fué a visitarnos un día antes del suceso. Con nosotros fue también conducido preso don Tomás Vergara, dueño de *La Pulida*. El señor Alcalde, distinguido amigo nuestro, nos trató con las mayores consideraciones, hasta el extremo de hacer bajar de sus caballos a los oficiales que fueron con él para dárnoslos a nosotros, de modo que no hiciéramos el recorrido a pié desde *La Pulida* hasta esta ciudad.

En uno de los Cuarteles de la fuerza pública, lugar de nuestra prisión, nos hizo poner grillos el General Belisario Lozada, pero el doctor Pablo Arosemena, indignado por semejante tratamiento, sólo aplicable a los criminales empedernidos, obtuvo que el Gobernador del Departamento, General Campo Serrano, ordenara que se nos quitaran los grillos. El General Lozada manifestó, según se nos dijo, que había obrado así en represalia de que en otra época los liberales del Cauca le habían hecho barrer las calles de Buga y cargar agua para los presos, lo que parece verosímil porque en aquel Departamento, en época remota, a los presos políticos se les solía tratar, en lo general, con excesiva severidad.

II

Algunos días después de habernos quitado los grillos fué puesto en libertad don Tomás Vergara, deportado don Domingo a Centro América y Santo Domingo al Departamento de Bolívar. A mí se me mandó preso a Buga, Valle del Cauca. Fuí enviado a Buenaventura el 10 de abril del año de

1900. Al tercer día de hallarme en la prisión de aquel lugar llegaron también en calidad de presos políticos con destino a Buga y procedentes de Panamá el doctor Francisco Filós, cogido con armas en la Provincia de Coclé, y los señores Horacio Girón, Víctor M. Juliao, Juan B. Tibault, Antonio J. Barramendi y Gabino Núñez Villar, liberales visibles en esa época en el Distrito de Remedios. Allí en Buenaventura fuimos puestos a la orden del Coronel Llorente. De allí nos condujo él en ferrocarril hasta Córdoba, lugar hasta donde llegaba la vía férrea en aquella época. En ese lugar nos tenía preparados el Coronel Llorente sendos caballos ensillados al doctor Filós y a mí. De allí nos condujo por el camino de herradura hasta llegar al Naranjo, campamento de las fuerzas militares comandadas por él, después de habernos conducido hasta aquel lugar, prodigándonos infinitas atenciones y sin ser escoltados por sus soldados. Fue tan refinadamente culto y amable con nosotros que llegó a decirnos: "yo no los traigo presos a ustedes; son ustedes los que me traen preso a mí."

Del Naranjo nos mandó para Buga con el Capitán Campelo. Continuamos el recorrido del antiguo camino pasando por Las Venticas, Papagalleros, el Valle del Carmen, ascendiendo después la Cordillera hasta *Bella Vista*, lugar donde residía una familia, si mal no recuerdo, de apellido Rivera, de acendrado liberalismo, que nos recibió al principio con alguna esquivéz, creyéndonos conservadores o gente del Gobierno. Cuando yo le dije a la señora de la casa que éramos liberales y que íbamos presos para Buga, se resistía a creerlo porque, me dijo, "en tantos años que llevo de vida es la primera vez que veo presos políticos a caballo". Era una señora amable, bondadosa y de conversación atrayente, madre de dos señoritas que embellecían aquel hogar. Ellas nos llevaron a su jardín y nos colocaron, gozosas, sobre nuestros corazones un ramito de flores. No sé a la verdad lo que sentí en aquellos momentos, en aquel fresco oasis, envuelto en el aroma que exhalaban aquellos dos cuerpos vírgenes, tibios y palpitantes de nuestras seductoras amiguitas políticas, y el aroma del ramito de flores puesto sobre mi corazón. Aún me parece sentir aquel suave, delicado y sedante deliquio, a pesar de hallarme ya muy cerca del ocaso de la vida y no obstante el

largo tiempo transcurrido desde el año 1900 hasta hoy. Qué bello, mientras más sencillo, es un recuerdo así, con el tinte de tristeza que le es inherente y que más lo suele embellecer. Contrastes psicológicos de la vida! Aquel suave, delicado y sedante deliquio de mi espíritu se imponía para desvanecer por completo los olorcillos de la prisión de Buenaventura, nada ambarinos por cierto, como diría don Quijote, que aún me tenían saturada la cavidad nasal.

De aquella *Bella Vista* inolvidable continuamos nuestro ascenso hasta coronar la altura de la Cordillera en el lugar llamado San Antonio, desde donde se contempla, en éxtasis profundo, el majestuoso Valle del Cauca, verdadero prodigio de la naturaleza. De allí fuimos descendiendo la Cordillera por entre residencias veraniegas dispersas por aquella vertiente andina hasta llegar a Cali, primera ciudad del Valle, donde pernoctamos en un Cuartel y luego seguimos para Buga.

Distantes ya de Cali, el Capitán Campelo nos hizo ver el lugar de la Cordillera Central a cuyo pie se halla la Hacienda denominada "*El Paraíso*", teatro de la obra que ha elevado a Jorge Isaac a la cima de la inmortalidad. Cuando llegamos al *Paso de la Torre*, puerto del río Cauca, atravesamos éste en una barca. Después de pasar por las poblaciones de El Cerrito y de Sonso, llegamos al fin a Buga, ciudad tranquila, sosegada, patriarcal, recostada en el regazo de la Cordillera Central y acariciada por el rumor de las aguas, frescas y cristalinas, de su río Guadalajara. Se nos llevó al local del Club que ocupaban los presos políticos de mayor viso y consideración, tanto bugueños como de todas las poblaciones circunvecinas.

III

La vida en nuestra prisión bugueña la hacíamos lo más llevadera que nos era posible. Había allí gente tan culta, tan expansiva, como don Noé Domínguez, los doctores Francisco y José María Rivera, el doctor Juan Evangelista Cruz y sus

hermanos Porfirio y Marcial, el Dr. Varela, los caballeros Julio Ospina, Benjamín Restrepo, Braulio J. Delgado, Ramón Becerra, Jorge Pizarro, Vicente Hurtado y tantos otros cuyos nombres no recuerdo por el momento. Allí se jugaba ajedrez, damas, diversos juegos de baraja. Otras veces, algunos de los oficiales que nos custodiaban en la prisión solían deleitarnos con el canto de bellos bambucos acompañados con sus guitarras. Otras, en las primeras horas de la noche nos sentábamos en los corredores, a orillas del patio, a fumar y a departir sobre múltiples tópicos; el de la guerra principalmente, y siempre acariciando la idea del triunfo de nuestras armas, no sin lamentar que no existiera en el Cauca un Cuerpo de ejército en el cual pudiéramos ir a cumplir con nuestro deber de soldados de la causa que se hallaba en cruenta lucha por nuestra redención política. Y no dejaba de haber entre nosotros algunos humoristas, sin recordar quiénes, que se fingían astrólogos y solían ver en la estrella tal el vaticinio de una victoria nuestra, y otros que el lucero cuál presagiaba una derrota, y un tercero, como si fuera supersticioso, al ver cruzar las luciérnagas "fantásticas", parpadeando, por el escenario de la noche, observaba que las que volaban más elevadas anunciaban triunfo, y derrota las que volaban a menor altura. Muchas veces matábamos el tiempo poniendo charadas en toda forma: verbales unas, escritas otras en prosa o verso, y algunas cuantas representadas. Yo compuse de la palabra *tabaco* la siguiente:

CHARADA

Con DOS PRIMA yo quisiera
Ver a mi amada vestida,
A esa virgen hechicera
Objetivo de mi vida.

Lejos hoy de sus miradas
Que sustentaban mi anhelo,
Mis noches son desoladas
Y a mi mal no hallo consuelo.

Si en tiempo del paganismo,
¡Dios de bondad yo viviera!,
A DOS TRES con gran cinismo
Culto ferviente rindiera.

Así mi dolor sería
Menos acerbo y constante,
Porque se adormecería
Bajo su influjo enervante.

Más a mi TODO he apelado
Como recurso inocente,
Porque conjuro del hado
Su designio impertinente

En el vagaroso giro
Del TODO en la emanación,
Mando a mi amada un suspiro
Del fondo del corazón.

Prisión de Buga: 1900.

IV

Desde el principio de mi prisión en Buga intimamos relaciones don Noé Domínguez y yo. Personaje jovial, franco y caballeroso, perteneciente a las más distinguidas familias de aquella ciudad. Me abrió su caja para el caso de que necesitara dinero, a sabiendas de que yo se lo devolvería cuando regresara a Panamá. Efectivamente, necesité una fuerte suma que me facilitó gustoso en billetes de banco y que yo le devolví agradecido, apenas me fue posible.

También contraí buenas relaciones desde un principio con el Teniente O'Birne, uno de los oficiales que solía hacernos guardia en nuestra prisión. Desde el primer día nos cambiamos tarjetas. Cerca de dos meses más tarde, en atención a que un tío suyo era Secretario de Gobierno entonces, le consulté si no sería posible obtener de él que nos diera al doctor Filós y a mí la ciudad por Cárcel, teniendo para

ello en cuenta que nosotros pisábamos por primera vez territorio caucano y que carecíamos por lo mismo de relaciones políticas y sociales allí que pudiéramos utilizar en contra del Gobierno. Me dijo que hiciera la solicitud que él la pondría en manos de su tío y se interesaría para que fuera resuelta favorablemente, y efectivamente lo fue sin demora. Salimos el doctor Filós y yo de la prisión un sábado por la tarde. Esa noche nos trasamos la línea de conducta que debíamos observar en una ciudad como Buga, en donde predominaban los dos grandes fanatismos por excelencia: el político y el religioso. Al día siguiente, domingo, nos oímos en la Iglesia matriz una misa de más de una hora, y por la tarde asistimos a la inauguración del suntuoso edificio del Hospital, acabado de construir. Había allí una feria de caridad muy concurrida en beneficio del Hospital. El doctor Filós y yo tomamos gustosos participación en ella. Estos pequeños detalles unidos a la discreción de nuestra conducta nos conquistaron simpatías, no sólo entre los liberales sino también entre los conservadores.

V

Así pasábamos el tiempo, viendo deslizarse la vida, dentro del perímetro de una ciudad como Buga, de temperatura suave y agradable y entre tanta mujer hermosa como las que allí florecen, cuando el Jefe Civil y Militar, General Manuel María Sanclemente, recibió un cable de Panamá pidiéndole que nos pusiera en libertad en virtud de la conocida capitulación Albán-Porras, celebrada en esta ciudad. Inmediatamente fuimos pasaportados de regreso a Panamá el doctor Filós, Horacio Girón, Víctor M. Juliao, Juan B. Tibault y yo, e inmediatamente también emprendimos, regocijados, nuestro regreso por la vía de Pavas, pero al llegar al Naranjo el Jefe de las fuerzas militares en aquel sitio nos mandó bajar de los caballos, porque, dijo, los necesitaba. Yo le observé que llevaba los pasaportes de libre tránsito, pero nos manifestó que era inútil que los exhibiera porque habían sido revocados por

telégrafo, debido a que la vía entre el Naranjo y Buenaventura la había interceptado la guerrilla de José Cicerón Castillo. Quedamos pues como duendes en el aire. Ni siquiera nos dejaron la mula que cargaba nuestros equipajes.

Al contemplar nuestra situación de perplejidad y desorientación, se nos dijo que desandáramos un trecho considerable hasta encontrar una casa en el lugar llamado *El Espinal*. Así lo hicimos. La familia ocupante de la casa, a quien le pintamos nuestra situación, nos dijo amablemente, no obstante su color político distinto del nuestro, que podíamos refugiarnos allí pero que no tenía maneras de darnos nada de comer por carencia absoluta de víveres. Yo ofrecí dinero para proverlos y el jefe de la casa se fue hasta las Venticias a buscarlos. Poco después de hallarnos allí nos devolvieron la mula con los equipajes. Allí pasamos tres noches fatales. Todos durmieron en el suelo, a excepción mía, que supe aprovechar una a manera de cama que había allí, ya desvencijada y carcomida por los años, cuartel general de un numeroso ejército de chinches, tan grandes como granos de maíz, llamados *petacones*, y asilo generoso de un enorme nidal de avispas. Al ir a cojer mi calzado que había tirado debajo de semejante mueble, salió una partida de esas piadosas señoras a darnos unos cuantos ósculos, a guisa de bienvenida. Fue tan comprimido y apasionado el ósculo dado al doctor Filós en una ceja, que la tumefacción que le produjo el agasajo le tapó el globo del ojo por varios días. Yo lo curé con tabaco mascado. Mas como la ley de la armonía existe porque sin ella no sería vivible la vida, resulta que en el lugar en donde nos hallábamos, algo así como un vallecito muy pequeño, de forma semitriangular, desciende por uno de sus lados el río Dagua, de aguas siempre rumorosas, y no faltaban allí unas cuantas plantas de *nopal*, llamadas comunmente *tunas*, que produce una fruta muy codiciada, de carne nectarina y de un rojo muy vivo. De ahí que Bello diga en su *Silva* a la agricultura de la Zona tórrida:

“Bulle *carmin* viviente en tus *nopales*,
Que afrenta fuera al *múrice* de Tiro.”

Esa fruta la gozan de preferencia las mirlas blancas, tan abundantes en el Cauca. Allí pude contemplar tan bellas aves triscando sobre los nopales; y allí pude oír las, embelesado, elevarle un melodioso canto a la privilegiada naturaleza caucana. (1) Y allí había también una señorita, como de 17 años, de regular estatura, de redondese venusinas, labios carnosos, sonrosados, y óvalo de rostro escocés. En fin, una mujer de atractivos poderosamente inquietantes, sin ella quererlo. Era para nosotros un verdadero tormento de Tántalo, pero que gozábamos intensamente sufriendolo. Más así y todo, nos vimos en el caso de resolvernos a consumir el sacrificio de regresar a Buga, aun cuando fuerz a pie. Teníamos que comenzar por subir la larga, muy larga cuesta de *Las Amarillas*. Cuando íbamos a empezar el ascenso, como a las siete de la mañana, nos encontramos en un ángulo del vallecito con el General Zuluaga, conservador, y dos personas más. El se manifestó tan atento y generoso que nos ofreció un apetitoso plato de sancocho de plátano verde con arepa de maíz blanco y carne salada, a fin de que pudiéramos tener alientos, nos dijo, para realizar tan duro y prolongado ascenso. Bien: desde las siete de la mañana y después de innumerables peripecias logramos llegar a la cima de la Cuesta, cerca de las cuatro de la tarde, gracias al bondadoso General Zuluaga. Nos hospedamos en un hotelito que había allí. Como viera unas cuantas mulas descargadas y se me dijera que procedían de Buga, le hablé al dueño de ellas para que nos alquilara las que necesitábamos para regresar en ellas a dicha ciudad. Me dijo que él esperaba allí hasta que se despejara la

(1) El General Rafael Reyes, que viajó por todas las cinco partes del mundo, al tratar de la fauna del Cauca, dijo: "Entre las aves canoras la más notable es la *mirla blanca*, cuyos gorgoros hacen suspender la marcha del viajero. En México y en Centro América se llama *Sinsonte* y en el Brasil *Sabiá*. El Poeta Casimiro D' Aubreo, llamado el Lamartine brasilero, autor de la tiernísima poesía "Minha Mãe", le cantó:

(Portugués)

"Minha terra tem palmeiras
"Donde canta o Sabiá;
"Terra mais formosa
"Que minha terra, nao ha."

(Traducción)

Mi tierra tiene palmeras
En donde canta el Sabiá;
Luego Tierra más hermosa
Que mi tierra, no la hay.

vía para seguir a Buenaventura con su cargamento de café, pero yo le manifesté que eso sería tardío y que mientras tanto le convenía regresar a Buga a traer otro cargamento, acercándolo así a su destino junto con el anterior. Disponga pues de las mulas, me dijo, pero no tengo monturas apropiadas que ofrecerles. No importa montar en enjalma o mejor dicho en albarda, lo importante es, le repliqué, no hacer el camino a pie a tan larga distancia. Y emprendimos nuestro regreso a Buga, a horcajadas en nuestras mulas de carga, tardas, lentas, que apenas se movían. Cómo sería nuestra figura, con saco, camisa encorbatada y sombrero negro de copa alta, llamado "burra", que cuando vió la caravana un borracho que se hallaba en una taberna del *Paso de la Torre*, confundiéndonos seguramente con gitanos, nos preguntó que "donde habíamos dejado los monos". En lugar de molestar-nos le celebramos la ocurrencia, y atravesando el río cauca en la barca de costumbre, seguimos nuestro camino hasta llegar a Buga, caballeros sobre albarda, sanos y salvos, aunque sin los monos.

VI

A raíz de nuestro regreso a Buga y acordándonos el doctor Filós y yo de que en la prisión conocimos al General Fidel Victoria, de gran prestigio como viejo caudillo liberal del Cauca, y deseosos de hacer algo en beneficio de nuestra causa, nos avistamos con él y con la mayor sutileza que nos fue posible, le insinuamos que si él se levantaba en armas contra el Gobierno formaría sin duda el Cuerpo de Ejército que el Cauca requería, coadyuvando así la acción de nuestros amigos en el resto de la República. Le ofrecimos irnos con él y ayudarlo en todo lo que pudiéramos, a fin de realizar tan loable idea. Notamos que la recibió con placer; pero nos pidió tregua para contestarnos. Al segundo día después nos dijo que nuestra idea era altamente encomiable, propia de dos liberales genuinos en quienes tenía la más absoluta confianza, porque se la inspirábamos personalmente y porque consideraba que al enviarnos presos al Cauca era

porque pesábamos algo en la balanza política panameña; y nos manifestó que si él no había hecho armas contra el Gobierno era porque, en primer lugar, le había prometido al General Manuel María Sanclemente, Gobernador que fue del Cauca, que mientras él ejerciera ese cargo permanecería quieto, y en segundo lugar porque observaba falta de ambiente bélico en la generalidad de los liberales caucanos; pero que habiendo ya dejado de ser Gobernador el General Sanclemente bien podía aventurarse a poner en práctica nuestra idea, y efectivamente inició en el acto la consecución de elementos de guerra de todo orden. Luego de conseguir algunos nos comunicó que se iba para el Valle del Cominal a organizar sus fuerzas; que no nos llevaba porque nos necesitaba en la ciudad para activar la consecución de elementos de guerra y para que le suministráramos informes y le hiciéramos las sugerencias que consideráramos necesarias. En fin, nos pidió que le preparáramos una alocución para llevársela y lanzarla cuando lo creyera oportuno, y así lo hicimos. Esa alocución reflejaba en extracto lo dicho por la prensa Colombiana entonces en contra del Gobierno. Siento no conservar copia de ella para reproducirla aquí.

El acopio de los elementos de guerra y la afluencia de gente al campamento del General Victoria crecían de momento a momento, a pesar de la falta de espíritu bélico que él observaba en las masas liberales caucanas, pero desgraciadamente el Gobierno procedió con la mayor actividad a eliminar tan seria amenaza para la tranquilidad del Cauca, y efectivamente conjuró el peligro, no sin una valerosa resistencia de parte del General Victoria, quien logró hábilmente escaparse de las garras del Gobierno. Se ocultó en el corazón de un intrincado montezuelo, casi inaccesible, en un lugar del Valle, de cuyo nombre no quiero acordarme, como diría Cervantes.

VII

Algún tiempo después sufrieron un revés las armas del Gobierno y contrariado por eso las autoridades hicieron una recogida de liberales y fuimos todos a dar a la prisión. Hacía como tres meses que me hallaba preso, cuando un día me dijo el doctor José María Rivera: «hace más de un año que estoy preso porque no pago la contribución de guerra y no la pagaré jamás, pero tampoco estoy dispuesto a continuar por más tiempo privado de mi libertad. He tramado mi fuga; muchos me seguirán en ella; quiere usted también darse su libertad?» Bella idea, le contesté; pero a donde voy a dar que no corra el peligro de ser capturado y quién sabe qué suerte pueda correr? Bueno, me dijo, guárdeme la reserva. Pero a mí me quedó palpitando la idea y me acordé que mi tocayo don Daniel Mena y López me había invitado reiteradamente a conocer una finca que tenía en la Cordillera central, muy arriba de Buga. Allí, me dije, voy a dar, y así selo manifesté al doctor Rivera para que me incluyera en la lista de los presuntos prófugos. Bueno doctor Filós, le dije, yo me voy a fugar con la mayor parte de los presos, véngase conmigo. No me parece prudente, mecontestó, yo no me fugo. Amigo mío, le repuse, si me abren las puertas de la prisión yo me salgo; no deseo quedar rezagado en ella.

En desarrollo del plan de la fuga, uno de los presos, antioqueño esforzado, aprovechando el ruido de un fuerte aguacero, como a la una de la mañana, cogió dos barrotos de hierro de una de las ventanas del edificio y los dobló como quien dobla dos endebles juncos, abriendo así un foramen por donde pudimos salirnos fácilmente, con nuestros maletines, más de cincuenta presos, en grupos de tres en tres, según la dirección que llevara cada grupo. A mí me tocó salir con don Benjamín Restrepo y don Francisco Hernández. Con sandalia rural (alpargatas) para no hacer ruido y nuestro maletín con ropa y calzado a la espalda, emprendimos con paso cauteloso nuestra fuga. Menos de una cuadra habíamos andado cuando oímos, no muy distante, el grito de *alto*

quién vive», dado por una de las patrullas que vigilaban la ciudad durante la noche. Corrimos y nos ocultamos tras unos escombros. Media hora después, como nada ocurría, reanudamos nuestra marcha y cuando ya íbamos saliendo a la esquina de la última cuadra de la ciudad, sentimos pasos. Rápidamente nos hicimos a la acera y nos acostamos en el suelo, en fila, contra la pared y sobre el lodo, procurando resollar muy quedamente, esperando el resultado: era un burro que pasaba a esa hora para su residencia. Corrimos entonces y salvamos el llanito que media entre la ciudad y el río. Cuando llegamos a él lo encontramos crecido. Lo atravesamos con mucho trabajo cogidos de las manos. Al otro lado dimos con un barranco tan elevado que nos costó un esfuerzo extraordinario salvarlo. Cruzamos después una llanura hasta llegar al pie de la Cordillera. Allí, ya entre el monte, y sentados tomando un descanso, sentimos que el reloj público de la quieta ciudad daba pausadamente las tres de la mañana. Luego emprendimos el ascenso de la Cordillera, tropezando en la oscuridad con un árbol aquí, con otro más allá, resbalando unas veces y cayendo otras trepamos poco después de las seis de la mañana a una meseta y de allí seguimos a tomar el camino público para continuar el ascenso de la Cordillera. Muchas fueron las dificultades de ese ascenso, con nuestro maletín a las espaldas y por un camino casi intransitable por el exceso de las lluvias. Como a las tres y media de la tarde llegamos a una altura desde la cual divisamos un valle de cinco kilómetros de largo por dos de ancho, aproximadamente. Allí queda la finca de mi tocayo don Daniel Mena y López denominada *El Piamonte*, y allí fuimos a dar cerca de las cinco de la tarde, rendidos de cansancio, de hambre, de sed y envueltos en una capa de lodo. A las seis de la tarde se nos dió una refosilante sopa de viandas frescas cosechadas allí mismo, consistentes en plátano verde, yuca, ñame, otó y algo más que desde que salí de Bogotá no había vuelto a saborear: ivias y arracacha. De postres nos dieron arquiñe buñuelo o sea manjar blanco y un ca-

ñeros y amigos de fuga, Restrepo y Hernández, continuaron ascendiendo al día siguiente un poco más la Cordillera, para torcer después a la izquierda hasta la altura de Tuluá, lugar de su destino. En esa pintoresca ciudad está casado Restrepo con una hermana de la señora esposa del doctor Tomás Uribe Uribe, hermano del ex-Jefe de nuestra causa General Rafael Uribe Uribe.

VIII

Ocho meses escasos permanecí oculto a las miradas del Gobierno en aquel pequeño Valle, casi deshabitado, triste y monótono. Sólo dos residencias que merezcan el nombre de tales había en él: la de mi tocayo y la denominada *San Isidro*. Mi vida se deslizaba allí con escopeta en mano cazando guacharacas y pavas, especialmente; leyendo, visitando las fincas circunvecinas, casi todas de antioqueños, buenos liberales, que sentían placer en verme y en agasajarme en la forma que les era posible. Un día estuvo en mi residencia un antioqueño que tenía una finca en lugar más elevado de la Cordillera y me instó para que fuera a conocerla y a pasar-me en ella unos cuantos días, y allá fui a dar. El albergue de mi anfitrión consistía en un reducido bohío. Se dormía en él en lo que los campesinos llaman *jorón*, o sea un entablado construído a bastante altura del suelo, al cual se sube por un palo grueso con muescas hechas a lo largo y a cortas distancias que sirven de escalones. Mi anfitrión me dijo que de vez en cuando solía andar por allí uno que otro trasnochador y que por eso tanto él como un hijo suyo dormían con sus escopetas al lado. Yo hice por mi parte otro tanto, pero nunca ví ningún amable paquidermo de esos. Qué días mortales los que pasé en aquel lugar, sobre todo las noches, frías y húmedas. Sólo irrespetaban el silencio de aquellas lúgubres soledades el estridente y penetrante canto del grillo y el monótono de algunas aves nocturnas. Semejante estado de cosas me causó una horrorosa depresión de espíritu que me obligó a volar de regreso a mi anterior refugio.

Un día fueron a dar allí, de visita, dos hijas de don Félix Navia, emparentadas con mi tocayo, y el doctor Escobar, médico de fuerzas gobiernistas, con su señorita hija María Engracia y su hijo Carlos. Fueron también dos niñas de apellido Soto a deleitarnos con sus cantos, cuyo eco alcanzo a oír aún, a través del tiempo y la distancia. Sólo tres días de placer nos proporcionaron dichas familias con su presencia.

Como lo dejo expresado, la mayor parte del tiempo andaba de cacería, hoy por acá, mañana por allá, después por acullá, no sólo por distracción sino por ser también la caza útil a la salud y útil al plato. Una vez de esas fui a dar a un bosque en donde me sorprendió la presencia de una fuente de agua purísima, al pié de dos enormes árboles y casi circuida de musgos y fragantes helechos. Contemplándola me vino a la memoria bello y conocido pasaje mitológico, a saber: Diana, diosa de la caza y de las más puras del gentilismo, solía bañarse en una fuente que tenía en lo más espeso de un bosque. Una vez salió Acteón de cacería con sus perros y le dió por sorprenderla en el baño, en toda la esplendidez de su hermosura, sin guñapos que pudieran eclipsarla, pero desgraciadamente ella lo descubrió y en castigo de su delito lo convirtió en ciervo y sus mismos perros lo devoraron. Entonces yo me dije: esta fuente debe de pertenecer a una moderna Diana, y me oculté en seguida a esperar que, libre también de todos sus guñapos, fuera a sumergirse en sus aguas, pero. pero., ellas continuaron tranquilas, limpidas y tersas; sus cristales no llegaron a reflejar a la moderna Diana, a la hermosa mujer que acariciaba mi pensamiento. Fantasías de joven, como lo era entonces, y nada más.

Esto quiere decir que no todo era monotonía. Por eso también una tarde maravillosa contemplé, por el boquerón que da la entrada al lugar de la Cordillera central en donde me hallaba, ocultarse lentamente el sol, tras la cordillera occidental. Es la más bella puesta de sol que he contemplado en mi vida! Y desde ese boquerón abarcó mi vista muchas veces el panorama que ofrece el facinante Valle caucano.

¡Cómo se ve desde aquella altura deslizarse el río Cauca, como serpiente de plata por sobre el verdor de la lujurriante vegetación que allí predomina! Por eso sin duda el ilustre barón de Humboldt, en su recorrido por América, consignó en sus crónicas la impresión de que el Valle del Cauca es una de las regiones más bellas del Continente. Por eso también Bello, en su Alocución a la Poesía dice:

“¡Oh! Quien contigo, amable Poesía,
Del Cauca a las orillas me llevara,
Y el blando aliento respirar me diera
De la siempre lozana primavera
Que allí su reino estableció y su corte!”

IX

También fue a dar más tarde a mi retiro el General Murgueitio, después del fracaso de la guerrilla de Clodomiro Castillo, acaecido, si mal no recuerdo, en el lugar llamado Chinché. También fue a dar por allí mi excompañero de prisión don Antonio J. Yllarramendi, pero por poco tiempo.

Un día, discuriendo sobre nuestra situación y acordándome yo del General Victoria, le propuse al General Murgueitio la calaverada de irnos a ver qué era de la vida de aquel invicto jefe. Un hombre del temple del General Murgueitio aceptó en el acto y sin reserva mi propuesta. Buscamos un liberal de valor y entusiasta que nos sirviera de guía y emprendimos nuestra arriesgada peregrinación a favor de las sombras de la noche, por sendas extraviadas y tortuosas, lejanas de las vías públicas. Logramos llegar al sitio de ocultación del General como a las tres de la mañana, sin que nadie felizmente nos sorprendiera. Allí, rendidos de cansancio y de inquietudes, nos acostamos en un cafetal, sobre un suelo no muy muelle que digamos. Nos servían de cobertor las hojas secas de los cafetos que rodaban sobre nosotros a impulsos de la brisa, y nos acariciaban de vez en cuando los golpecitos de unos cuantos granos de café desprendidos

impunemente de su tallo productor; es decir, les servimos a esas diminutas pepitas de centro de gravedad. Allí permanecimos todo el día ocultos esperando la noche para que se nos condujera, de la manera más sigilosa, a presencia del General, y efectivamente fuimos conducidos ante él, pero andando suavemente y con sandalia rural porque la bota o zapato suele dejar huella y eso podía dar lugar al descubrimiento del escondite, dado el ojo avisador de los espías del Gobierno, tan bien seleccionados, remunerados y numerosos. Hallamos al General en una como cueva de paja, cuyo caballete era tan bajo que tuvimos que entrar en él agachados. Estaba allí tendido, en una estrecha semicama de endeables cañas; flaco, extenuado, amarillo, su mirada languideciente y opaca y salpicado todo su cuerpo de unos enormes gusanos, que no sé a la verdad cómo no habían perecido de hambre. "Aquí me tienen ustedes, nos dijo, en el estado en que me ha puesto el amor a la causa y la fé en su triunfo." Sólo la impresión que le causó nuestra presencia le dió alientos para expresarnos esas pocas palabras, traductoras de su más profunda y triste desilusión. Es triste, muy triste, en realidad, que un General de apellido Victoria, sinónimo de triunfo, sufriera una tan deplorable *derrota final*, después de haber obtenido muchas/gloriosas victorias en sus numerosas y cruentas luchas. Pero eso no es extraño: Napoleón, después de tanto batallar con denuedo, bizarría y buen suceso, también tuvo su *derrota final* en Waterloo. Cosas de la vida o de la historia!

Vueltos el General Murgueítio y yo, sin contratiempo serio alguno, al lugar que habíamos dejado, bajo la pesadumbre que nos causara el estado en que se hallaba el General Victoria, convivimos allí algún tiempo más, hasta que resolvió el General Murgueítio privarme del placer de su compañía yéndose para Cartago, si mal no recuerdo. Pocos días después recibí la infausta nueva de que al fin había descubierto el Gobierno el escondite del General Victoria y de que había sido llevado a Roldanillo en una camilla. Nada en absoluto volví a saber de él. Un golpe como el sufrido en el atardecer de su existencia; su agotamiento físico y su depresión espiritual, debieron naturalmente acabar con esa

reliquia de la causa liberal. Cristo tuvo su ocaso en la tierra Santa; Napoleón lo tuvo en Santa Elena; Bolívar en San Pedro Alejandrino, y Victoria, infiero que en Roldanillo. Así desaparecen siempre del escenario de la vida los que se echan a cuestras la ponderosa carga de redentores de la humanidad o de sus ideales!

X

Bueno, ahora me llega a mí el turno: dormía tranquilamente, a pierna suelta, como de costumbre, en el apacible asilo del Piamonte, cuando un día, al rayar del alba, sentí golpes en la puerta e incontinentí me levanté a abrirla: eran visitantes mañaneros, miembros del ejército del Gobierno, con cinta azul en el sombrero. La impresión que sentí es desde luego indescriptible. Invadieron la casa y la registraron toda. Lo que guardaba en los bolsillos del vestido que tenía en uso me fue tomado todo, y mi maleta fue escrupulosamente requisada. En seguida me llevaron a presencia del Jefe de las fuerzas que habían invadido aquel lugar. Fueron esas fuerzas a perseguir una guerrilla que se dijo había aparecido por aquellos contornos. El Jefe de las fuerzas portaba unos binóculos de larga vista, con los cuales pudo al fin descubrir el campamento de la guerrilla en una altura. Imaginando que mi presencia en el lugar donde me hallaron no les parecía natural, me sindicaron en el acto de Jefe de la guerrilla, me ataron con una soga larga por encima y por debajo de los hombros y pusieron la soga en manos de un soldado, como para que no pudiera escaparme. Ordenó el Jefe de las fuerzas el desfile de ellas hacia el pie de la altura en donde se hallaba la guerrilla. Yo marchaba agachado, cuando inopinadamente me vi en el bolsillo de pecho del saco un pliego abierto que había recibido de Cartago, si no recuerdo mal, dirigido a personaje político de Palmira. Contenía ese pliego un plan de levantamiento revolucionario que debía estallar en todo el Valle del Cauca en fecha que sería acordada más tarde. Mantenía ese pliego en mi bolsillo porque no me había sido posible despachar el posta que lo debía conducir a su destino.

Al darme cuenta de ese pliego tan comprometedor fingí un agudo dolor de estómago y le supliqué al soldado que portaba la sogá con que iba atado que me permitiera penetrar un momento en un pajonal tan alto como la estatura regular de un hombre que había a la orilla derecha del camino que llevábamos. Como la sogá era larga el soldado accedió a mi súplica sin preocupación ninguna, y así pude confiarle el pliego en depósito a aquel exuberante y benévolo pajonal. Curado instantáneamente de mi ficticio dolor de estómago continué mi camino, bajo una inefable sensación de descanso espiritual, y pensando una vez más en la existencia de Dios y en su infinita bondad que me salvó de una muerte segura, poniéndole una venda en los ojos a los que me requisaron mi vestido al derecho y al revés para que no pudieran ver el plieguito de marras.

Así pensaba yo cuando llegamos al pié de la altura donde se hallaba la guerrilla. Entonces el jefe de las fuerzas las dividió en dos alas a fin de ascender por dos partes distintas en persecución de la guerrilla. A mí me tocó formar parte del ala izquierda conductora del parque. Al emprender el ascenso, la guerrilla procedió rápidamente al levantar el campamento y hacer fuego en retirada sobre nosotros. Era un plano muy inclinado el que íbamos ascendiendo y hubo un momento en que sentía flaquear mis fuerzas para continuar el ascenso; un oficial lo notó y me dijo: "o sube usted o lo paso con la espada". Qué momentos aquellos tan terribles; con escasez de fuerzas físicas, y temiendo que una bala liberal, de tantas que me silbaban muy de cerca me mandara para el otro mundo. Cuando se muere frente a frente al enemigo en defensa de la causa de nuestra devoción, queda envuelto nuestro recuerdo en una atmósfera de gloria; pero morir dentro de las filas enemigas por una bala amiga es una muerte que no encuentro adjetivo apropiado para calificarla.

Los jefes de la guerrilla parece que conocían bien la topografía de aquellos lugares porque al abandonar el campamento penetraron en la montaña por una trocha, que desemboca en un camino público que conduce al valle de *El Co-*

minal; valle al cual fué la guerrilla a refugiarse obligadamente porque el Gobierno le echó gente de distintos centros en movimiento envolvente, de manera que no tuviera salida. Comprendiendo ésto los jefes de la guerrilla, decidieron su penetración en el valle expresado y situar algunos de sus mejores tiradores a cierta distancia de la desembocadura de la trocha sobre el camino público, a fin de darle muerte al guía de la gente del Gobierno, que naturalmente tenía que ser el primero en salir a dicho camino, y así sucedió. Cuando yo llegué a la desembocadura de la trocha estaba allí tendido en el suelo el cadáver del guía, con varios balazos en el pecho, nadando en sangre y con la lengua afuera. Quedaron pues las fuerzas del Gobierno como barco sin timón en alta mar, porque nadie conocía la topografía del terreno, y obrar sobre el valle, entrando por el único camino que conducía a él, hubiera sido tanto como provocar el destrozo de esas fuerzas, como sucedió en 1900 en el combate de Calidonia en estaciudad, al atravesar el puente de ese lugar.

XI

En semejante emergencia, las fuerzas del Gobierno tuvieron que emprender viaje de regreso a los centros de su procedencia. Las fuerzas en que yo iba descendieron la Cordillera después de la tres de la tarde. Al pié de ella y a orillas del río casi todos fueron a saciar su sed en sus frescas aguas. Un joven Abadía me ofreció generosamente un pedazo de panela para que tomara agua. Entramos a Buga y me situarom frente a la Telegrafía. Como media hora me tuvieron allí. Supuse que estuvieran informándole al Jefe Civil y Militar del Cauca, residente en Cali, lo ocurrido respecto de la guerrilla y lo de mi captura como sindicado de Jefe de ella. Luego me llevaron a un Cuartel. El Jefe del Batallón, hombre alto, de pelo rubio y ojos azulosos, me dirigió una mirada aterrante. Me condujeron a un cuarto donde había un tablado alto y un rejo grueso suspendido de una viga, y allí también hicieron entrar a otros que también habían sido sorprendidos durmiendo en el mismo lugar donde yo me hallaba.

Comenzaron por colgar de las muñecas a un hombre joven y corpulento, exigiéndole que confesara que yo era el jefe de la guerrilla. El contestó que ni siquiera me conocía. Entonces se pusieron a mecerlo de un lado para otro: un oficial lo recibía allá con un planazo y otro acá en la misma forma, exigiéndole siempre que confesara que yo era el jefe de la guerrilla, y él siempre negándose a confesar lo que no le constaba. Cuando observaron que había el pobre hombre perdido el conocimiento, le soltaron el rejo y sonó su caída al suelo estruendosamente. Cuatro soldados lo levantaron y lo tiraron sobre el tablado. Luego colgaron a otro y procedieron con él de igual manera, y de igual manera respondió también que era la primera vez que me veía. Entonces iban a colgar a un señor de apellido Agudelo, hombre de toda mi confianza, a quien iba a mandar a Palmira con el plieguito de marras. El dijo que no había necesidad de colgarlo; que él estaba dispuesto a confesar todo lo que sabía, y entonces le preguntaron, como de costumbre, si yo era el jefe de la guerrilla. El contestó que no; que yo estaba en el lugar donde me encontraron hacía más de seis meses; que yo estaba allí oculto porque me había fugado con otros muchos del a prisión de Buga; fuga que era conocida de todos. Le preguntaron si él tenía conocimiento de la existencia de la guerrilla y quiénes habían contribuido a su formación. Contestó que sí tenía ese conocimiento y que los liberales de Buga habían contribuido a su formación. Momentos después entró al lugar de los suplicios el Teniente Abadía, el del pedacito de panela para beber agua en el río, joven culto y amable, y me dijo: «está usted envuelto en una mala atmósfera, porque se insiste en creer que usted es el jefe de la guerrilla. Yo le he dicho al jefe del Cuerpo que considero que usted es una persona susceptible de confesar la verdad sin necesidad de irlo a vejar colgándolo como se ha hecho con otros. Sírvase pues decirme si está usted dispuesto a absolver el interrogatorio que yo le haga, con toda franqueza». Yo le contesté: «ha sido siempre norma invariable de mi vida la de rendir culto ferviente a la verdad, y ahora con mayor razón se lo rendiré por la gratitud que me inspira el rasgo tan ama-

ble y caballeroso de usted para quien conoce por primera vez». Entonces me brindó un asiento al lado de una mesa, cogió papel y pluma y comenzó a interrogarme así:

—¿Es usted o no el Jefe de la guerrilla?

—No señor. A usted no se le escapará que para ser Jefe de una guerrilla se requiere, en primer lugar, ser hombre conocido y popular y yo no soy conocido en lugar ninguno del Cauca; es la primera vez que piso su territorio; y en segundo lugar y por la misma causa expresada, yo no conozco la topografía del terreno, ni mi constitución física me permite estar saltando de risco en risco como chivo, que es la vida del guerrillero, ni tampoco podría yo asumir la responsabilidad de encabezar una guerrilla compuesta de gentes desconocidas por mí y quizá capaces de cometer los mayores desmanes, las mayores depredaciones.

—¿De modo que usted, como liberal de orden, no está de acuerdo con la existencia de las guerrillas?

—Yo no estoy en desacuerdo con la existencia de las guerrillas, porque la existencia de ellas la reconoce el Derecho de Gentes, por ser necesarias con fines de estrategia militar; con lo que no puedo estar de acuerdo ni podré estarlo nunca es con las guerrillas, ya sean conservadoras, ya liberales, que a la sombra de su bandera se dediquen al pillaje.

—¿Conoce usted los Jefes de la guerrilla?

—No señor; no tengo razón para conocerlos.

—¿Sabe usted quiénes han contribuido para la formación de la guerrilla?

—Mucho menos. En el retiro donde me hallaba oculto no podía tener noticias de esos pormenores.

Algunas otras preguntas me hizo el teniente Abadía, a las cuales no me fue posible contestar afirmativamente por no constarme. Llevada mi declaración al Jefe del Cuerpo, éste se apersonó con ella en la mano, no con el semblante adusto y la mirada aterrante de poco antes, sino muy atentamente y me dijo: «comprendo que esta declaración refleja

la expresión de la verdad. No otra cosa se podía esperar de usted. Si de mi dependiera lo pondría inmediatamente en libertad, pero no me es posible satisfacer mi deseo porque tengo instrucciones severas en su contra. Tiene pues que seguir a la Cárcel, pero no irá custodiado por soldados armados sino por un Oficial a mi mando», y así sucedió.

No hacía una hora que me hallaba en la Cárcel, en un calabozo, cuando me llamaron para que saliera al Cuerpo de Guardia. Allí encontré a don Francisco Cuadros, Inspector de Telégrafos, amigo personal, muy sincero y caballeroso del doctor Filós y mío, quien me dirigió estas palabras: «vengo a congratularme con usted por su salvación. Su vida estuvo en el mayor de los peligros porque se creía con persistencia que usted era el Jefe de la guerrilla que fué a perseguir el Gobierno». Un abrazo estrecho le di a mi benévolo amigo señor Cuadros en señal de agradecimiento.

XII

Pocos días después de hallarme en la Cárcel se me desarrolló una violenta fiebre tifoidea. El Gobierno permitió que fuera llevado a la casa de la familia que nos suministró al doctor Filós y a mí nuestra alimentación. Tres meses estuve en la cama sin poderme casi mover. Se me ulceraron las espaldas. Llegó mi gravedad a tal extremo que ya no podía tomar alimento ninguno ni tenía fuerzas para hablar. Una señorita de la casa, por cierto muy interesante, viendo mi vida en peligro, me sugirió la conveniencia de que me confesara. Yo le dije, haciendo un esfuerzo supremo para hablar: “Señorita, si yo viera una sotana al pie de mi cama entonces sí me moriría”. Esto porque yo nunca he pensado en la muerte, ni aun en los momentos de mayor peligro. Por eso quizá no ha cargado hasta ahora conmigo. Acaso esa vez intentó llevarme pero desistió de su intento. Recuerdo muy bien que don Félix Navia, al verme salvo y sano, me dijo: “Algo bueno le reserva a usted el porvenir porque la fiebre ti-

foidea suele matar o dejar trastornada a la víctima. Yo le repuse: a mí sólo una hermosa Dulcinea puede trastornarme el seso; en trastornos de otro origen no creo”.

Cuatro meses largos duró mi convalecencia. En ese tiempo, don Noé Domínguez, prófugo también como yo, volvió a la ciudad furtivamente, después de largo tiempo de permanecer oculto en la Cordillera central. Apenas llegó a su casa me escribió una carta contándome sus peripecias pasadas en la Cordillera. Recuerdo entre ellas la siguiente, que me refirió con la franqueza y expansión de espíritu que le eran características:

Una noche había un baile en la casa donde residía don Noé. Se hallaba bailando deliciosamente “con una morena alta, elegante, de caderas gelatinosas”, cuando un individuo llegó jadeante avisando que se acercaba una porción de gente armada. Casi todos los hombres que había en el baile eran habitantes de aquellos contornos y se dispersaron rápidamente. Como Don Noé no podía hacer lo mismo, se quitó el saco y el calzado, tiró todo debajo de la cama, se amarró un pañuelo en la cabeza, cerró un ojo fingiéndose tuerto, y como hacía bastante tiempo que no se afeitaba tenía la barba larga y por añadidura ya bastante cana. Cuando la gente llegó (era del Gobierno) sólo encontró allí acostado a don Noé, pero al verlo viejo, tuerto y enfermo no pararon mientes en él. Allí había una especie de altillo muy estrecho y como no hallaron escalera para subir a él, un tipo se trepó a la cama de don Noé y se paró sobre él para alcanzar a divisar si había hombres ocultos en el altillo, pero no hubo ninguno. Este hábil y curioso ardid salvó a don Noé de que lo hubieran capturado y llevado de nuevo a la prisión.

XIII

Algunos días más tarde, hallándome gozando de relativa libertad, consideré oportuno, aprovechando cierta quietud política en esos momentos, suplicarle a don Roberto Rivera, conservador bugueño y de gran influencia social y política, que a

los varios servicios que nos había prestado al doctor Filós, a mí y demás amigos que fuimos enviados de Panamá a la prisión de Buga, agregara el de conseguir que el Gobierno me pasaportara para el Ecuador, porque a Panamá no volvería sino después de restablecida la paz, y de buen grado me dió una carta de recomendación para el Jefe Civil y Militar y emprendí viaje con ella para Cali. En el acto se me expidió el pasaporte a que aspiraba, pero faltándome dinero para el viaje, obtuve en préstamo del señor General don Leopoldo Triana cien pesos plata (se los devolví por conducto de la señorita María Miranda, quien me prestó el respectivo giro.) Habilitado ya con esos reales me dirigí a Buenaventura. Al entrar allí a la agencia de vapores a comprar mi pasaje para el Ecuador me intimó prisión el Prefecto de aquel lugar. Aquí tiene usted mi pasaporte, le dije, pero me observó que tanto el mío como los de otras personas habían sido todos revocados por telégrafo. Me ordenó que regresara y me presentara ante el Prefecto de Cali. Empecé viaje de regreso deplorando el contratiempo pero no me presenté al Prefecto. Entré a Cali furtivamente y estaba arreglando mi traslación a Buga cuando me sorprendieron en la casa donde me hallaba hospedado y me llevaron preso al Cuartel del Batallón Urdaneta. Fue allí donde tuve el placer de conocer a don Manuel de Jesús Quijano, quien igualmente se hallaba sufriendo las consecuencias de su amor a la causa, hasta el extremo de haber expuesto su vida por ella.

Quando yo entré a la prisión del Urdaneta el número de presos era tan grande que en el vasto edificio apenas había sitio para todos. La parte alta la ocupábamos los "Generales," "Oficiales," y "Doctores," y la baja los "soldados." Los de abajo llamaban "El Olimpo" a la parte alta. La vigilancia de ambas secciones era extremada y como arriba y abajo estábamos divididos en "cuadras," casi siempre formábamos grupos entre los "domiciliados" de cada "cuadra." Quijano y yo pertenecíamos a una misma "cuadra" y el corro que constituíamos diariamente, con Zamoranos, Velascos, Lalindes, etc., era de lo más pintoresco e interesante. Quijano era de los muchachos más jóvenes, si no el más joven. Contaba entonces u-

nos diez y seis años y era lector incansable; leía casi siempre para el grupo de la “cuadra,” que muchas veces se aumentaba con copartidarios de otras. Recuerdo que le oímos leer a Quijano las “Ruinas de Palmira,” “Los Miserables,” los “Discursos de Castelar,” obras éstas que como muchas otras nos mandaban las familias caleñas para endulzar un poco las amargas horas de prisión. Casi todos los días, después del almuerzo, el tiempo de lectura lo aprovechábamos para transmitir noticias que recibíamos en papelititos hábilmente escondidos en los cajones porta-viandas. ¡Cuántas veces las noticias no eran otra cosa que amables ilusiones de nuestros copartidarios! Una vez llegaron a darnos hasta la sensacionalísima de la toma de Bogotá por las fuerzas revolucionarias.

Así, con pocas variantes, llevé mis meses de prisión en el Urdaneta, y allí floreció nuestra amistad entre Quijano y yo, la misma que no ha sufrido cambio ninguno y más bien se ha intensificado con el transcurso del tiempo. Quijano vino al Istmo poco después de la independencia y, desde entonces, reanudada nuestra amistad, la hemos cultivado siempre, y pienso que ella no será entibiada jamás. Muchas veces hacemos memorias de aquella época, feliz a pesar de nuestros sufrimientos.

No es demás observar que Quijano ha formado en el Istmo un hogar modelo por su honorabilidad y sus virtudes, y que la inteligencia que desde temprana edad dejaba entrever, la ha puesto en evidencia en el desarrollo de sus actividades como denodado y digno luchador por la existencia.

XIV

Como a los dos meses de mi prisión en el Urdaneta, pensé que si yo lograba regresar a Buga, lugar de mi prisión original y en donde era muy conocido y relacionado, bien pudiera ser que gozara de libertad, y efectivamente lo logré, aunque con algún trabajo, pero imponiéndome la o-

bligación de presentarme ante el Prefecto de Buga, lo que hice, pero después de haber conseguido de don Roberto Rivera que obtuviera de dicho funcionario que me concediera la ciudad por Cárcel.

En esa época contraí un paludismo no muy amable que digamos. Pude entonces, debido a los triunfos que adquiría el Gobierno y a la proximidad de la cesación de la guerra obtener pasaporte de regreso a Panamá, pero no me pareció prudente y alejé toda idea a este respecto.

En semejante situación resolví definitivamente quedarme en Buga hasta que terminara la guerra, lo que sucedió no muy tarde. Apenas fue firmado el tratado de paz en la bahía de esta ciudad en 1902, se ordenó por cable mi libertad y se me pasaportó sin dilación de regreso a Panamá.

La víspera de mi viaje, un grupo de amigos me llevó una serenata de despedida. Fueron en ese grupo no sólo liberales sino también conservadores. Este bondadoso acto de mis amigos, sin distinción de colores políticos, me llenó de legítimo orgullo y ha quedado grabado para siempre en mi mente y en mi corazón. Bajo esta grata impresión espiritual emprendí mi viaje de regreso a Panamá por la vía de Pavas, no sin pasar antes por Cali, en donde encontré a mi distinguido amigo Quijano. En el acto nos solzamos con dos copas de brandí añejo en celebración de nuestra libertad, aunque acongojados por el ruidoso desastre de nuestras armas. Al atravesar la Cordillera occidental por Pavas y al llegar al río llamado Bitaco, río de aguas transparentes, puras y frescas, me acordé de un suceso interesante por su originalidad, que aun cuando parezca digresión lo voy a traer a cuento.

El Coronel Ibarra, caucano y Ayudante de Campo que fue el General Julio Arboleda, hombre inteligente y de charla amenísima, me refirió algún tiempo antes de la guerra, que un joven caucano, inteligente y buen poeta, pretendía a una muy gentil señorita, deseoso de casarse con ella, pero ella no estaba muy dispuesta a complacerlo porque su padre quería que se casara con un hombre rico y el joven pretendiente no tenía más capital que sus versos, y era por añadidura feo, aunque muy inteligente. Pero la señorita, un tanto previsiva, obraba con el joven como el gato con el ratón, que tan pronto lo

suelta como lo vuelve a agarrar, hasta que por fin lo mata. Comprendiendo el joven la maniobra, redujo a la niña a que le contestara categóricamente si se iba a casar con él o no. Ella le contestó que sí pero dentro de un año. El le observó que ese plazo era muy largo después de tanto tiempo de amores; pero ella se mantuvo irreductible y él al fin se resignó a esperar pacientemente, porque su amor por ella era infinito. Pero sucedió que veinte días antes del año se presentó un campesino corpulento, que aunque desprovisto de inteligencia e ignorante, era rico, no mal parecido y le pidió al padre la mano de la niña. Antes de ocho días el santo Sacerdote del lugar bendijo la unión de esos dos amados feligreses. En el acto el joven burlado escribió una composición poética titulada *La Garza Morena*. Me la recitó el Coronel Ibarra. En ella florecía la idea, de que a una garza morena se le había ocurrido pescar un *nayo*, pez muy fino que sólo se desliza, según se asegura, por las aguas del río *Bitaco*, y con tal fin se situó un día, a las seis de la mañana, a sus orillas, en actitud de pesca. Veía descender diversas clases de peces, casi todos buenos, pero no el anhelado *nayo*. Así pasaban las horas, las horas, las horas, largas, lentas, crueles, hasta que como a las seis de la tarde, entre oscuro y claro, ya no bajaban peces de ninguna clase, y hallándose fatigada y transida de hambre, vió descender un enorme sapo, lo pescó y se lo engulló enterito. Y como la composición fué publicada sin demora, el jayanote se consideró aludido y le mandó al joven poeta padrinos de desafío. El joven nombró de padrinos a dos amigos íntimos e inteligentes, quienes sostuvieron que no había lugar a duelo, tanto porque la composición poética no contenía ninguna ofensa al honor del desafiante, cuanto porque esa composición había sido escrita mucho tiempo antes; que ellos, andando papeles del desafiado encontraron, entre otras composiciones inéditas, la de que se trata, y la hicieron publicar por considerarla digna de publicidad, y que por lo tanto lo que mediaba era una simple coincidencia de que el desafiado no era responsable.

Burlando así el pretendido duelo, los padrinos le dijeron al ahijado: "te hemos salvado de que el jayanote ese te hubiera quitado la vida después de haberte quitado la novia"

Cruzada así por mi mente tan original ocurrencia' y contemplativo aún ante el descenso de aquel privilegiado y poético río, tributario del Dagua, me pareció ver en sus orillas a la pobre garcita, sutil y delicada, como un ensueño, atragantada con el enorme sapo de marras, símbolo fiel del poder del dinero!

Desaparecido semejante espejismo de mi vista, continué mi marcha pensando en este rasgo característico de la filosofía de la vida, e interrogándome si a algunas otras niñas les habría pasado lo que a la garcita morena del jóven poeta caucano.....

Esta vez no tuve tropiezo ninguno en mi marcha. Bajé en mi Clavileño por la prolongada pendiente de *Las Amarillas*; pasé por *El Espinal* y *El Naranjo*, y muy pronto llegué a Buenaventura. Allí me encontré con mi leal y buen amigo político y personal, don Alcibíades Arosemena, acompañado del General Juan Jacobo Restrepo y del señor Enrique L. Hurtado. Fueron allí en desempeño de una importante misión política de fin de guerra.

Una vez de regreso en Panamá, pensé hallar mis relaciones con los conservadores un tanto entibiadas, principalmente las que me ligaban con don Gabriel Guizado, pero resultó que los dos primeros que concurrieron a darme el abrazo de bienvenida fueron Guizado y don José Agustín Arango Chiari. Al tratarles yo del temor que tenía, me observaron que la amistad personal no tenía nada que ver con la política.

XV

He ahí el relato sencillo, simple, ingenuo, del camino de espinas que recorrí durante la guerra de los mil días; he ahí también el Libro de Texto que me enseñó que el ruidoso fracaso de nuestras armas en aquel tiempo, si no me equi-

voco, se debió a falta de unidad de acción y disciplina (necesitó el liberalismo acendrase más en el sufrimiento para triunfar después); y he ahí asimismo la causa de que un tanto decepcionado resolviera no mezclarme más en política, salvo el depósito de mi voto en la urna electoral, que no es sino el ejercicio de función constitucional. Tengo para mí, sin embargo, que tanto la política como el amor no tienen freno; que ambas son pasiones subyugadoras, y de ahí que si la causa de mi devoción llegara alguna vez a necesitar mi modesto contingente político, seguro estoy que se lo prestaría con entusiasmo y decisión. ¡Es tan bello y saludable el cumplimiento del deber!

Por lo demás, quiero dejar constancia de que a la hermosa, tranquila, sosegada y patriarcal ciudad de Buga, así como a mis amigos bugueños que con sus bondades me hicieron llevadera mi azarosa vida, les quemaré siempre el incienso de mi recuerdo.

FIN

